

José Hierro, 1995

## FOTOGRAFÍA

## C. MIRALLES

Librería Babel  
Raimundo Fernández Villaverde, 44  
Hasta el 8 de junio  
Madrid

La frontera entre oficio y aventura es la misma que separa lo previsible de lo imprevisible, lo convencional de lo mágico. Sin dominio del oficio —es decir, de un lenguaje, de una técnica—, la aventura suele resultar irrisoria; pero sin aventura —sin la necesidad o el deseo de adentrarse en lo desconocido—, el oficio es incapaz de ensanchar la realidad. En su galería de retratos, Carlos Miralles se sitúa del lado del oficio por partida doble. No sólo en cuanto a su complacencia en lo ya conocido —personajes habituales en los medios de comunicación, figuras de la cultura establecida—, sino en su voluntad de reiterar y multiplicar lo ya conocido por el procedimiento de trasladarlo desde su ámbito original —el periodístico— hasta las paredes de una galería.

No es extraño que, al llegarle su turno de posar ante la cámara, el poeta, encarnación de lo oculto, lo callado, lo secreto, lo que se dirige hacia dentro, nos dé tranquilamente la espalda —José Hierro, en este caso—, mientras que los artistas plásticos —López, Saura, Tàpies, Chillida...—, tan ávidos, en general, de reconocimiento, tan celosos de protagonismo, nos observan con gesto desconfiado y arrogante. Ningún ángulo inédito, ninguna perspectiva insólita, ninguna mirada sorprendente o sorprendida. No son éstas las virtudes del oficio. Todo se aprecia a simple vista. Todo se manifiesta con abrumadora evidencia. La chispa creadora —aquella que ilumina lo que está más allá y revela el rostro verdadero de las cosas— brilla, como suele decirse, por su ausencia.

J. L. G.

## EL LIBRO BLANCO DE LA NATURALEZA

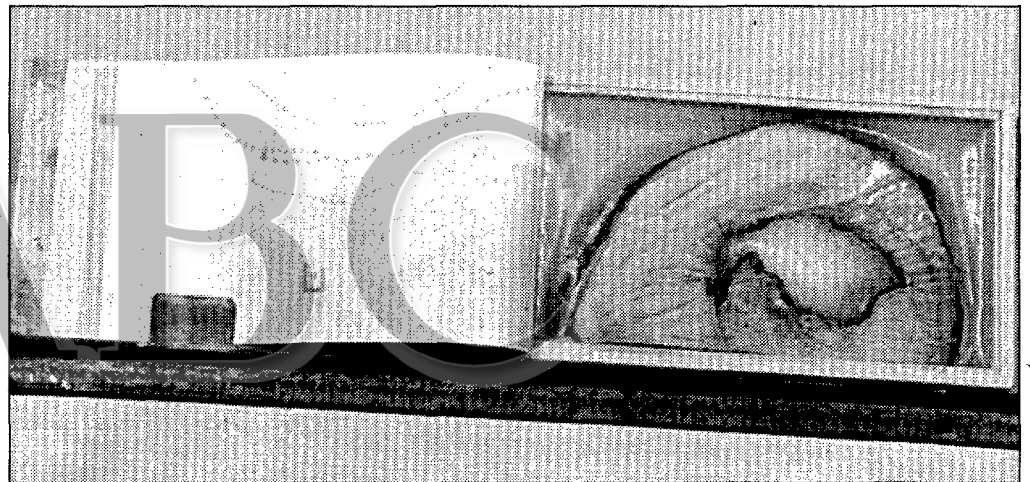
Biblioteca Nacional  
Paseo de Recoletos, 20  
Hasta finales de junio  
Madrid

DESDE que, en 1986, celebró su primera muestra individual, Miguel Ángel Blanco (Madrid, 1958) defiende un proyecto riguroso e individual, cuyas citas públicas tienen una notoria carga estética y un progresivo reforzamiento teórico. Como se recuerda en una nota biográfica que cierra el catálogo de su actual exposición (tras la que se intuye la autoría de Elena Vozmediano, uno de sus más sugerentes interlocutores), el traslado a Cercedilla en 1980 marca el inicio de una actividad artística que se aleja de los procedimientos académicos y se aproxima a los que le transmite la naturaleza. En los dibujos, cajas

convertir en rito un paseo reiterado, un proceso visitado a diario. Por si fuera poco, Cornell utiliza cajas antiguas y M. Á. Blanco las fabrica neutras, sin intenciones animicas.

Resulta necesario alejar la tentación de aproximarlo a Cornell porque se explica entonces de un modo más fácil su distancia con esa pléyade de fabricantes de objetos poéticos que domina la escena joven española en el arranque de los años 90. El ánimo es distinto, incluso opuesto. Tal vez por eso, el artista se autoprolonga en el catálogo, intentando reforzar el sentido de sus intenciones con descripciones en las que no falta un lenguaje por momentos ampuloso. Esa retórica tiene algo de eco del bosque: eco de sus pensamientos, de los diálogos con los fragmentos de la naturaleza que incorpora a cada obra.

La obtención, en años sucesivos, de una de las menciones del Premio de Pintura L'Oréal y del Premio Nacional de Grabado con dos li-



«El pino de las tres cruces»

u objetos expuestos en 1986, de la serie «A forest», era fácil percibir el ánimo del curioso dispuesto a matizar el azar y aprender de lo que la naturaleza señala. En las posteriores citas, la curiosidad se transforma en sistema, el proceso en método y el azar en razón simbólica. Del lado de la plástica, sus objetos resultan cada vez más densos y poéticos, más intencionados. Atrás quedan los dibujos en los que la imagen la definen el gesto y la materia. La obra gana en corporeidad sin perder su apego por el pequeño formato.

Mostrar su obra en cajas le granjeó, en un momento, ser calificado de «cornelliano». El detalle demuestra tanta injusticia como escasa fortuna: Miguel Ángel Blanco comparte con Cornell la devoción por unas soluciones formales que, si se analizan, ni siquiera responden a la realidad: Cornell es necesariamente urbano; los objetos que conforman sus imágenes poseen una cotidianidad que habla de vidas, del pasado, de sucesos, resultan inevitablemente evocadores, cálidos incluso aquellos en los que asoma un componente no exento de tensión y dureza. Miguel Ángel Blanco parte del entorno natural: habita el bosque, lo observa como sólo es capaz de hacerlo un solitario, con esa detención que termina por

broso cuyo contenido eran fragmentos de la naturaleza, supuso, aparte del lógico estímulo y el consiguiente debate sobre la supresión de los límites en los géneros, el respaldo a la serie de la que ahora expone una mínima representación, la «Biblioteca del bosque». Iniciada en 1985 y con más de 600 obras, se trata de un proyecto «borgienianamente» interminable, de resultados estéticos incuestionables.

Las entregas sucesivas que ofrece en cada exposición han ido mostrando una clara evolución, desde los primeros libros duros, bruscos, a los actuales, en los que conviven la cosmología con un peculiar diálogo con los materiales. Lenguas, remolinos paisajes, incluso vientos y viajes, aparecen prácticamente descritos mediante imágenes. Porque la verdadera diferencia entre los primeros y los actuales volúmenes de esta «biblioteca de la naturaleza» es la seducción con la que se manipulan los materiales. Una seducción que le lleva a introducir elementos de una notable sofisticación, especialmente los papeles, junto a objetos encontrados. Ambos son producto de la selección de una mirada, y en ella reside el sentido que unifica el conjunto.

Miguel FERNÁNDEZ-CID